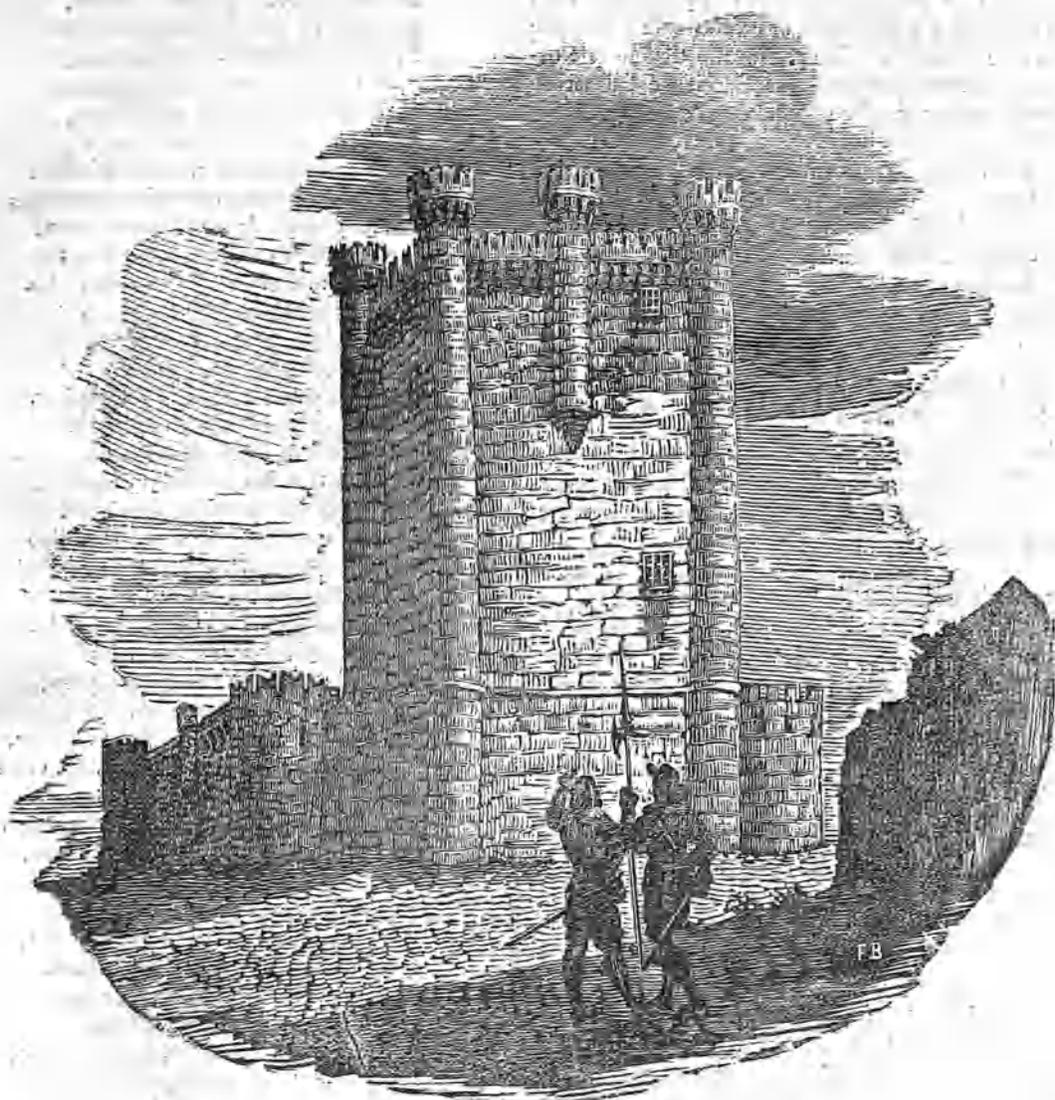


ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE FUENSALDAÑA.

A poco mas de una legua hácia el Norte de Valladolid se halla situado el pequeño pueblo de *Fuensaldaña*, de exterior tan humilde y tosco, cuanto rico interiormente de alhajas inestimables. Tres preciosísimas contiene la modesta y reducida iglesia de unas monjas carmelitas, y ya conocerán nuestros lectores artistas, que hacemos alusion á los preciosos cuadros atribuidos al segundo pintor Pablo Rubens de que hablaremos en otra ocasion. Fijemos por hoy solamente la vista en el romántico castillo que solamente dista del pueblo medio tiro de fusil.

Su planta es un paralelógramo guarnecido en sus ángulos con cuatro cubos, y de dos atalayas en el centro de cada uno de sus dos lados mayores. Esto y sus pintorescas almenas graciosamente recortadas, horadadas y suspendidas sobre los matacanes que tanto se han usado en la edad media dan un aspecto mágico al castillo. Todo él es de sillería y de una elevacion respetable, si bien no tan grande como los de muchos magnates que hasta fines del siglo pasado conserváronse en las Castillas; en cam-

bio está en excelente estado de conservación, cosa maravillosa é inaudita en nuestros tiempos; es verdad que sirve constantemente para depositar grano. Circunda al castillo menos por la parte que mira al pueblo, una pequeña muralla guarnecida igualmente de almenas y pequeños cubos, y de tal espesor que hay por detras de estas un andito muy cómodo para los soldados que defendian estos puntos. La subida al interior de la gran torre está practicada en una caponera que se extiende al centro de la plazuela, y elevada unos 25 pies hasta su entrada al salon mas bajo. De estos hay dos mas que ocupan casi todo el hueco del castillo uno sobre otro con hermosas bóvedas y escaleras bastante cómodas y de firme é ingeniosa construcción. La entrada, que es una puerta de arco agudo mira hácia el pueblo; sobre ella se conserva un escudo, labrado en piedra con las armas de sus condes del apellido *Vivero* que son tres matas de ortigas en campo de oro sobre unas rocas de mar, encima de unas ondas.

Por su forma y carácter parece construido muy entrado el siglo XV; y hay motivos para creer que lo hizo el famoso *Alonso Perez de Vivero*, que llegó á ser señor de la casa de Villa Juan en Galicia, secretario y contador de D. Juan el II, con quien tuvo gran privanza. La crónica de este rey hace larga mención de las diferencias que tuvo *Vivero* con el condestable y maestre D. Alvaro de Luna, de quien por mucho tiempo este dejóse gobernar como escribe Lope García de Salazar en sus *bucnas andanzas*. Pero húbola muy mala, al fin, *Alonso Perez*, porque un viernes santo del año 1453 fue muerto, estando en Burgos, por orden del mismo D. Alvaro de Luna.

Nieto suyo fue D. Juan de Vivero, caballero del hábito de Santiago, señor de Castronuevo y alcasas, que también fue muerto volviendo de unas fiestas de toros de Medina del Campo por quien se hicieron aguilas cantilenas.

*«Esta noche le mataron al caballero
La gala de Medina, la flor de Olmedo.»*

Felipe II dió el título de conde de Fuensaldaña á Don Juan de Vivero, vizconde de Altamira. Hoy son poseedores de este castillo los señores marqueses de Alcañices y de las Balbases.

Al concluir este artículo parecemos proporcionar un placer á nuestros lectores estampando aquí una linda composición al mismo asunto, escrita por *Don José Zorrilla*, con aquel entusiasmo, gala y bizarría que campean en todas las producciones de este jóven y distinguido poeta,

LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

I.

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado Diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallón en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseras cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotó á pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreón de *Fuensaldaña*.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros,
Por contemplar el desgarrado alfiño
De sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida
Fue en infantiles pláticas salerosas
Adormeci las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.

Allí al calor de la humeante hoguera
De las cóncavas piedras al abrigo
Oía el viento rebramando fuera,
Y á mi lado la voz de algun amigo.
Allí sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimiento colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada
Repetida en los aires por el eco,
Moría en sus bramidos sofocada
De la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras háquicas canciones
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sonos
Sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía
Remedaba lamentos y suspiros,
Y otras en repugnante gritería
El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las ratas almenas herizadas
Al sacudir la destocada frente
Remedaba el hervir de las cascadas,
Y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino
La rítmica terraza estremeciendo
De la tendida leña en son marino
Sembraba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y erugian los arboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces
Le oímos rozar el firme muro,
Como en honda tuel hervien las heces
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embobecido
Las desiguales piedras acotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musco arrebatar pasando.

Le oíamos uncar y revolverse
Con espantable son en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barricando las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos
En las rejas mecidiéndose colgadas
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vitrios de colores
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
Rodando un torco de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida seplaba
Blanca ceniza hasta devar ligera.

Silbando entonces larguido y sonoro
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
Que coronaban los silvestres pinos
Con el gábor entre las juncias flojas
De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
Y el canto agudo del despierto gallo,
Con el inquieto y helico alarido
Del arriero relinchando el caballo.

Bullían en el alma exaltada

Locos fantasmas de soñados cuentos,
 Y sostenía apenas fatigada
 El peso de los ojos soñolientos.
 Entonces á la sombra cobijados,
 Los pies a par de la espirante lumbre,
 Cedían nuestros párpados cansados
 Mas que á la voluntad á la costumbre,
 Y á cada chispa del tizon postrero,
 A cada empuje del turbion errante,
 A cada voz del pajaro agorero
 Que velaba en el nido vacilante,
 Volviamos el gesto recelosos
 En derredor del descompuesto fuego
 Levantando los ojos perzozos,
 Que al roto sueño se tornaban luego.
 Y en aquella mirada adormecida
 Se pintaba la sombra misteriosa
 De volubles contornos revestida
 De cuerpo inmenso, de color medroso.
 Gezabamos al fin insomnio inquieto
 Delirando festines y batallas
 Con tumultos sin época ni objeto,
 Con broqueles, con yelmos y con mallas.
 Y soñabamos duendes y conjuros
 En una tierra mágica y lejana,
 Deleitados en éoncos oscuros
 Con cantares de Sildive liviana.
 Poco á poco deshechas las visiones
 Soñabamos con sombras infinitas,
 Dónde se oían apagados sonos
 De invisibles orquestas esquisitas.
 Y mas tarde las sombras vacilando
 Entre pardo crepúsculo naciente
 Ibanse luz y sombras alejando
 De la febril y temerosa mente.
 Músicas, miedos, fábulas y sombras
 Sus contornos al fin desvanecían,
 Y en un salón sin lámparas ni alfombras
 Sólo estaban dos locos y dormían.

II.

Y era grato al son del viento
 Abrir el párpado al día,
 Y contemplar soñoliento
 Sa confuso resplandor,
 A través de las abiertas
 Hondas y estrechas ventanas,
 Y de las hendidas puertas
 De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
 Con turbio cendal de niebla
 Sobre los campos posada
 Interceptando el mirar;
 Y en la ráfaga inquieta
 Que al vendabal sustituye
 En la acerada veleta
 Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
 Que en la noche nos turbaron
 En bóvedas y rincones
 De opaca lumbre al lacir,
 En escombros convertidas
 Musgo y tintas con que al tiempo
 Las murallas carcomidas
 Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes
 En vez de ricos tapices
 Tender su haba y sus redes
 Al insecto descortés,
 Que entre los nombres tranquilos
 Las labra de los viajeros
 Cubriéndolos hilo á hilo
 Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
 En los blasones del muro
 Hilar con paciente maña
 Sus hebras para cazar;
 Y en la recóndita grieta
 La presa que vuela en torno
 Vigilante, astuta y quieta
 A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
 Hallar de rincón ruinoso
 El rastro de un hormiguero
 Que en el verano pasó:
 Que en el foso nació acaso,
 Mas no contento en el suelo
 Con irreverente paso
 Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
 De la torre de Saldaña
 De sus techos y salones
 La mengua y la soledad?
 ¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes!
 Tú que indiferente escribes
 Sobre cráneos y paredes
 La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
 Hoy trojes de rico hidalgo,
 Y en sus salones oscuros
 Ancha hoguera levanté.
 Corrí llaves y cerrojos
 Cual si de ellos dueño fuera,
 Y sus tablas y despojos
 Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
 Ni su nombre y dueño antiguos...
 Y para insultos tamaños
 ¿Quién era en Saldaña yo?
 Un niño, un triste, ó un loco
 Que divertido en sus penas
 Curaba entonces muy poco
 De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento
 A la lumbre de mi hoguera
 En tanto bramaba el viento
 Tranquilamente dormí;
 Y al despertar con el día
 Contemplé absorto y ufano
 La gruesa mampostería
 Que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
 Con la turbia húmeda niebla,
 Y el fulgor tornasolado
 Cruzaba por el salón.
 El aire en fuerzas cediendo
 Brotó en ráfaga errantes,
 Y aun se le oía gimiendo
 Con menos airado son.

Miré desde las ventanas
El árido campo seco;
Algunas yerbas livianas
Encontré no mas en él.
El aire las sacudia,
Y la niebla las mojaba;
Escaso arbusto crecía
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
Guarecidas asomaron
En los rotos arquiteaves
Su misterioso mohin:
Mirélas indiferente,
Y al rumor de mis pisadas
Hundieron la negra frente
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
El sol rasgando la niebla
Derramóse en viva lumbre
De trémulo resplandor;
Y en los pardos murallones
Trazó cuadros luminosos
Alumbrando los salones
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
De la llama repentina
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas,
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del tosco templo vecino
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas
Al roto soplo del viento
Ya perdidas, ya cercanas
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta,
Mis años hora por hora
A contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso
Por llegar á Fuensaldaña
Aceleraron el paso
De aquella noche despues;
Mas ¡ay del hombre mozoquino!
¡Quién encontrará mañana
Entre el polvo del camino
La huella de nuestros pies!

J. Zorrilla.

CAUSAS CÉLEBRES EXTRANJERAS.

Los ahogadores de Edimburgo, Guillermo Burke y Guillermo Hure.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

II.

Casi á los dos años despues comparecieron Guillermo Burke y Elena Mac-Dougal ante el tribunal de *high judiciary* de Edimburgo, acusados (1) ambos y cada uno, ó el uno ó el otro «de haber con malicia y felonía colocado ó estendido sus cuerpos ó personas, ó parte de sus cuerpos sobre los cuerpos de Madgy, ó Margery, ó Maria Gouegal, ó Douffie, ó Campbell, ó Docherty, entonces ó últimamente residente en la casa de Roderse Stewart ó Stuart, entonces y ahora ó últimamente labrador, y entonces y ahora ó últimamente residente en Edimburgo ó cerca de Edimburgo.»

«De haber mientras ella, la dicha Madgy, ó Margery, ó Maria Dougal, ó Desffie, ó Campbell, ó Docherty, estaba tendida en tierra cubierta su boca y lo demas de su rostro con sus cuerpos ó personas, ó el cuerpo y la persona del uno ó del otro, y de haber apretado su garganta y tenido su boca y sus narices cerradas con sus manos, y así ó de toda otra manera no conocida haberla, impidiéndola respirar, ahogado y sofocado.»

«Y de haber ambos y cada uno, ó el uno ó el otro cometido este crimen con la mala intencion de vender el cadáver de la dicha Madgy, ó Margery, ó Maria Gouegal, ó Duffie, ó Campbell, ó Docherty así asesinada á un médico ó cirujano, como objeto para diseccion.»

Prevenida la policia de Edimburgo por las revelaciones de Gray y de su esposa, habia pasado al instante al domicilio de Burke; la primera pesquisa no produjo resultado alguno, el cadáver se habia ocultado, y no se encontraron sino dos ó tres manchas de sangre bajo la cama. Interrogados Burke y su mancha negaron firmemente el crimen de que se les acusaba, y solo cuando se les preguntó á qué hora habia salido la vieja, respondieron cada uno diferentemente. Pero á la otra mañana se encontró el cuerpo en un anfiteatro perteneciente al doctor Knox, y todas las personas que habian visto á la vieja reconocieron perfectamente su cadáver. El que guardaba el anfiteatro del doctor Knox declaró que Burke le habia vendido aquel cuerpo en 200 francos y que le vendia otros de cuando en cuando. En fin despues de nuevas indagaciones, los oficiales de policia encontraron en el domicilio de los acusados el vestido de la víctima, su camisa, el pañuelo que llevaba en la cabeza y otros andrajos; y un comerciante declaró haber vendido á Burke la caja de té en que habia sido trasportado y entregado el cadáver.

A vista de cargos tan concluyentes no se conmovieron ni alteraron Burke ni Elena Mac-Dougal; y cuando despues de la lectura del *indictment* se les dirigió la pregunta de costumbre. «Sois culpables ó no culpables?» ambos respondieron con firme voz: «No culpables.»

No podian durar mucho las discusiones sobre tal causa. Diez y seis testigos confirmaron en la audiencia todos los datos recojidos en la sumaria, y que aqui se han extractado. Una sola deposición reveló nuevos hechos, y

(1) Se traduce todo lo literalmente posible algunos pasajes del *indictment*, para dar una idea de cómo se redactan tales actas en Inglaterra.

fue la de Guillermo Hare, acusado al principio de complicidad, y admitido despues á revelar *para el rey*. (Segun la ley inglesa los cómplices *testigos del rey* tienen derecho al perdón de su crimen.) Hare se espresó en estos términos:

«Mientras veíamos Burke y yo, la vieja, enteramente embriagada, se abalanzó dos veces á querer salir gritando: *favor y al asesino!* y otras tantas la hizo volver á entrar Mac-Dougal. Habiéndola tocado al querer rechazar á mi contrario, cayó sobre un taburete y de allí al suelo, de donde á pesar de sus esfuerzos no pudo levantarse. Apatiguada nuestra quimera, Burke se tendió sobre ella, puso una de sus manos sobre la nariz y la boca de la vieja, y la otra mano en el pescuezo y detuvo así la respiración; ella dió un grito penetrante, seguido de débiles gemidos. Burke se mantuvo en la misma postura por unos quince minutos, y cuando se levantó, su víctima había cesado de vivir. Yo estaba sentado en una silla; pero mi mujer y Elena Mac-Dougal salieron al pasillo y no volvieron sino cuando todo estuvo concluido, y luego se acostaron juntas sin hacer la menor pregunta.»

Los jurados permanecieron deliberando unos cincuenta minutos, y declaran á Guillermo Burke culpable. Respecto á las cuestiones acerca de Elena Mac-Dougal, las resolvieron negativamente, diciendo que no estaba probada la acusacion. Entonces el presidente del tribunal condenó en la fórmula acostumbrada á Guillermo Burke á ser ahorcado el día 28 de Enero.—«El tribunal, añadió con voz solemne, conformándose con una antigua costumbre, hubiera podido mandar que despues de la ejecución fuese atada vuestro cuerpo con cadenas de hierro, y colgado sobre el camino real para retraer á quien quisiese seguir vuestro ejemplo; pero ha creído que tal espectáculo sería demasiado repugnante, y se limita á mandar que despues que se os quite del patíbulo, sea llevado vuestro cuerpo á un anfiteatro de diseccion, y abandonado á los mismos escalpelos á que entregasteis vuestra víctima. ¡Pueda vuestro esqueleto, conservado en la sala de anatomía de Edimburgo, ser un monumento duradero del suplicio reservado á semejantes crímenes!»—

El condenado escuchó su sentencia con aquella fría impassibilidad que conservó constantemente desde el día de su prisión.

III.

Esta causa, que comendamos todo lo posible, había producido en la ciudad de Edimburgo una viva agitación. Circulaban de boca en boca los rumores mas siniestros, esparciendo por todas partes el horror y espanto. Comentaba cada cual de mil maneras las palabras del guardia del anfiteatro del doctor Knox; *me había ya vendido otros*, preguntándose cómo Burke se había hecho con aquellos otros que había vendido. ¿Abria acaso los sepulcros en los cementerios? ¿hacía él cadáveres? Al asesinato de Madgy-Docherty ¿no habían precedido crímenes de la misma clase? ¿no existía en Edimburgo una banda organizada de *ahogadores*, de la que Burke y sus compañeros eran instrumentos? ¿cuántas serían las víctimas que llevarian ya sacrificadas? Si se había de juzgar por el gran número de zapatos viejos de hombres y mujeres, y de andrajos de toda especie que con un nuevo registro se descubrieron en un escondijo de la casa de Burke, debían ser considerables.

Pero por exageradas que fuesen las sospechas eran todavía inferiores á la realidad. El día 5 de Enero, á los pocos despues de su condena, fuese por envejecerse en el crimen, fuese por remordimiento ó con esperanza de vengarse de su cómplice y perderle, Burke declaró que quería hacer nuevas confesiones, y á presencia del sheriff,

el procurador fiscal y el escribano del sheriff, refirió con imperturbable serenidad y una especie de satisfacción todas las muertes que había hecho.

En el mes de noviembre, dijo, encontramos Elena Mac-Dougal y yo en una calle de Edimburgo á la mujer de Hare, á quien yo conocia hacia tiempo; entramos en una taberna á beber una botella, y le dije que me preparaba á partir para el Oeste, por no tener que trabajar en Edimburgo. «Venid á alojarnos en nuestra casa, me dijo ella; tenemos un cuarto á vuestra disposición, y procuraremos proporcionaros trabajo.» Acepté la oferta, y con efecto no tardé en tener parruquianos. Así fue mi conocimiento con Hare, á quien nunca había visto hasta entonces.

«Por aquel tiempo, es decir hácia últimos de diciembre, se alojaba en casa de Hare un viejo achacoso llamado Donald que murió el día de Natividad, sin haber pagado el plazo caído, dejando á Hare tres meses de alojamiento. Hare me propuso vender su cadáver á un cirujano prometiendo una parte del importe. Apenas se puso el cadáver en el ataúd, cuando le sacamos, y le escondimos en una cama, y despues llevamos el ataúd con cortezas de curtir. Llegada la tarde, y no sabiendo como deshacernos del cadáver, fuimos al patio del colegio y preguntamos á un estudiante si queria comprárnoslo, y este nos dió las señas del doctor Knox, núm. 10. El doctor vió el cadáver y nos ofreció setecientos rs. que recibimos; nada nos preguntó acerca de cómo lo habíamos adquirido, y nos prometió comprar todos los que le llevásemos.

Á principios de la primavera de este año una mujer de Gilmerton fue á pasar la noche á la casa posada que tenía Hare. Como á la mañana siguiente la hubiese puesto muy mala la gran cantidad de licores que Hare le había hecho beber la vispera, y viéndola tendida casi sin conocimiento en su cama, se me acercó Hare y me dijo en voz baja: «*Ahoguémosla y venderemos su cuerpo á los cirujanos.*» Inmediatamente la tapó la boca y la nariz con la mano y yo me eché encima para impedirle que se meneara... No dió señal alguna de vida. Cuando murió la desnudamos, y llevamos su cadáver al doctor Knox que nos pagó el precio convenido, y sin hacernos pregunta alguna, nos encargó que le llevásemos siempre *corpores tan frescos como aquel.*»

Segun la declaracion de la que se ha extractado el pasage anterior, Hare y Burke habían ahogado desde 1.^o de Abril hasta el mes de Octubre en que se les hizo presos nada menos que *diez y ocho personas* para vender sus cadáveres. Todas murieron con el mismo género de muerte, despues de haberlas embriagado con licores fuertes. El asesino condenado concluyó así sus declaraciones:

«Declaro que nadie nos enseñó el modo de ahogar á nuestras víctimas, como lo hacíamos. Lo inventó Hare, como lo he dicho, y continuamos con él porque era muy eficaz, y no dejaba señal alguna. Si nos echábamos sobre los individuos que ahogábamos no era para impedirles la respiración, sino para que no forcejearsen.»

«Declaro que todos los cadáveres que hemos vendido no tenían señal alguna de violencia, estaban bastante frios para alejar toda sospecha, y Hare y yo teníamos cuidado de decir que los habíamos comprado á la familia.»

«Declaro que Elena Mac-Dougal y la mujer de Hare jamás nos ayudaron en nada, ni conocieron nuestra conducta. Tenían sin duda sospechas, pero no sabían la verdad.»

El 22 de Enero ratificó Burke esta declaracion en todas sus partes. Desde la madrugada del 28 del mismo mes, día señalado para la ejecución, un inmenso gentío inundaba todas las calles inmediatas al sitio del patíbulo,

y había ido gente de veinte y treinta leguas. Una vez más de la carrera por donde había de pasar el reo se alquilaba en tres y cuatro pesetas, y otras mejor situadas hasta en veinte. Los tejados de las casas desde donde podía verse el cadalso estaban cubiertos de espectadores, y hubo curiosos hasta sobre la nueva iglesia del norte. A las ocho de la mañana se contaban al derredor del patíbulo más de 20,000 personas y de estas 15,000 mujeres.

Durante la noche que precedió a su ejecución dijo Burke á su confesor que se tenía por feliz en haberse visto detenido en la carrera de sus crímenes.

«Soy, añadió, un gran criminal, y sin embargo cuento con la misericordia del Señor» cuando se le quitaron los hierros exclamó «Ya estoy libre de ellos: todo se acabará dentro de poco.»

La comitiva se puso en marcha algunos minutos antes de las ocho. Los magistrados, acompañados de un destacamento de oficiales de policía, subieron los primeros al cadalso. Seguialos el reo sostenido por dos sacerdotes católicos. Iba vestido de negro de pies á cabeza, y parecía tranquilo y resignado. En el instante en que se dejó ver, la multitud dió un grito de alegría que duró algunos minutos.

Sucedió inmediatamente un gran silencio. Burke y los dos sacerdotes católicos se habian arrodillado y oraban. El doctor Marshall terminó con una oración aquella ceremonia religiosa. Apenas concluyó cuando empezaron de nuevo los gritos mas violentos, mezclados de alaridos y silbidos. Cuando el verdugo se acercó al condenado. «Nada de cuerda!, clamaron mas de diez mil voces; *burkala, burkala!*» Este nuevo verbo que inventaba la multitud, será en adelante sinónimo del verbo *ahogar*. Burke miraba á todas partes fijamente, sin que se echase de ver enojacion alguna en su semblante.

Habiendo hecho el verdugo sus preparativos los magistrados y oficiales de policía bajaron del patíbulo. El populacho continuaba gritando: *burkala, burkala!* ¡Hare! Hare! ¿en donde está? ahórcalo á Hare; pero nada de cuerda para Burke!» El verdugo quitó la corbata para poner el dogal á Burke, y este le dijo. «Tened cuidado, porque me hacéis mal: el ruido está por detrás.»

Estas fueron sus últimas palabras, y en el mismo instante le lanzó el verdugo á la eternidad.

A cada movimiento que hizo antes de acabar de morir se oían nuevos gritos de satisfacción del concurso, que no se dispersó sino una hora despues, cuando se cortó la cuerda y se quitó el cadáver.

Así se verificó la predicción de que no se hizo caso. «No se impedirán jamás las exhumaciones, á no ser surtiendo legalmente de cadáveres á los que los necesiten. Se protege á los muertos, y se priva de seguridad á los vivos. Los cadáveres están á tal precio, y la dificultad de proporcionarlos echamándolos es tan grande, que los resurreccionistas asesinarán por tenerlos el día en que sea mas cómodo matar á los vivos que desenterrar á los muertos: en aquel día los muertos serán inmolados.» Y sin embargo solo en 1850 á los dos años despues de la ejecución de Burke, y cuando nuevos crímenes de la misma clase llenaron de espanto al mismo Londres, fue cuando el Parlamento de Inglaterra ha decidido en fin abrogar y reformar leyes que habian tenido tan horrorosa influencia.

EL TIO TOMAS, Ó LOS ZAPATEROS.

Estando ayer la señora de A... en casa de su zapatero preguntó por la Pepa, la ribeteadora, aquella muchacha tan aseada, tan dispuesta, tan sana y aun con apariencias de sensibilidad en su fisonomía. — ¡Av, Señora! dijo el maestro zapatero limpiándose una lagrimita que se le deslizaba involuntariamente, ni polvo hay de la Pepa! — Los oficiales y oficiales suspendieron su trabajo; todos, en sus ademanes hicieron el elogio fúnebre de la Pepa, silencioso, pero sincero. El maestro Tomas prosiguió: — ¿se acuerda V., señora, de haber leído en los papeles públicos, hará como año y medio, el suicidio de un joven bien portado que apareció á espaldas del cementerio, muerto de un pistolazo? — aquí otra lagrimita que se limpió el tío Tomas, sin dársele nada de que la señora de A... viese la mugre del codo de su manga. — Pues bien, Señora, ese fue el primer novio de la Pepa, y ójala que sus padres no se hubieran opuesto al casamiento; pero no era nuestro... ni tenía nada ahorrado... además pretendió á la muchacha un heredero de unos treinta mil rs., hijo del oficio... V., Señora, debe conocerle, Cogote le llamamos por mal nombre... pues señor, que los padres comienzan á atormentar á la chica, y que si... que ha de ser... y que no se ha de casar con otro... y la prohibieron á ella que hablase, que mirase, que dejase pasar por delante de su puerta al otro pobre muchacho... dió gusto á sus padres... casó en secreto. — La Pepa tenía mucha *fantasia* (dijo Juana la ribeteadora), llevaba blondas á todos los días. — Calla, que aquella era aseó. (interrumpió el tío Tomas) me parece que la estoy viendo!... lo que hubo, señora, verdaderamente es que aquel ángel era de carne, y cuando estuvo en su casa propia no pudo resistirse á las instancias de su primer amante... y no arques las cejas, Juana, que yo quisiera ver á la mas pintada puesta en semejante caso; porque el marido salió un calavera. Cuando abrió la tienda la estrenó con orquesta, se hizo unas botines de cuatrocientos reales para ir al arroyo, y hombrearse con los hijos de los grandes de España, compraba caballos por tres que luego vendía por unos en fin que ahí le tiene V. ahora de criado de los cómicos de la calle de la Sordien desde que ha envidado, porque la pobre Pepa se murió... se murió, Señora, y á fe que pocos días antes su madre vino aquí y se sentó donde V. está sentada, y me dijo: tío Tomas, se me muera la Pepa, y si se me muere me tiro al canal... aquel bribon de soarido la tiene perdida, plagadita, tío Tomas... y era verdad. Pero escuche V., Señora; el día que á la Pepa en su enfermedad la dieron lo bueno se presentó el muchacho, el primer novio, y la dijo: — des pistolas he comprado, si tu te mueres me mato. — Parece que lloras, Juana ¿dónde está ese genio tan descontentadizo, esa lengua que á ninguno deja... lloras, Juana, y que te haya perdonado la Pepa la envidia que la tuviste. — Señora, encomiende V. á Dios á la Pepa, se murió, pero siempre queriendo, sin querer decir nada á nadie la pobreita... el que ella quiso bien la merecía; el día que la enterramos asistió al entierro... yo le dije al paso ¡Joaquín! quien lo dijera!... no me contestó ni esto. Pero á media noche según ha dicho el guarda del campo santo vió un hombre embocado que rondaba las tapias y que gritaba «Pepa, Pepa, Pepa» oyó un tiro y por la mañana se le encontró muerto.

Cuando concluyó el maestro Tomas esta historia ya no había casi ninguno de los oyentes; los oficiales jóvenes se habian ido saliendo sollozando en silencio, las mu-

¡eres llorando en alta voz. El tío Tomas concluyó diciendo: Señora, no se puede ser bueno: parece que este mundo es de los malos segun los palcimientos que hay para los que no lo son. — ¿Que tal? dije yo al salir á la señora de A... ¿sabe sentir la gente baja, á no? Pudiera hacerla mejor una familia de duques? —

José Samosa.

HISTORIA NATURAL.

SINGULARIDADES DE LOS ANIMALES.

Amistad.

La amistad, el más desinteresado y generoso de todos los sentimientos, no es desconocido á los animales, y pueden citarse muchísimos ejemplos notables, sin ir á buscarlos en la historia del perro, modelo imitable de amigos sinceros y apasionados.

M. de Bonassalle refiere en sus observaciones militares un hecho singular. En la compañía de caballería de la que era capitán, ocupaba un caballo viejo su puesto al lado de otro caballo joven muy encariñado con él. Vivieron así en buena inteligencia por espacio de algunos años, pero pronto debió la muerte romper aquella unión porque el caballo viejo á causa de la prolongación de sus dientes no podía ya masticar el heno ni la cebada. Se enflaquecía por momentos, y se trataba de substituirle cuando se advirtió que de repente tomaba su pelo todo el lustre de la salud y que recobrabá fuerza. Sorprendido de aquella novedad un oficial-enseñante, quiso averiguar la causa y se puso á observar lo que pasaba en la cuadra. A la hora de echar el pienso, vió que el caballo joven se apresuraba á comer el suyo, hecho lo cual se arrojaba á su viejo amigo y tirando del heno que le pertenecía se lo mascaba y se lo echaba delante, cuya operación repetía con la misma desmenzadura y porción de celo cada vez que se le echaba delante. Así se alimentó muchas veces, hasta que recuperaron al caballo viejo. Este suceso llamó tanto la atención de la oficialidad del regimiento de Beauvilliers, que se hizo una información firmada por más de cuarenta individuos.

Un raton, antiguo vecino de la bodega de un navío de línea, vivía cómodamente en ella en compañía de sus hijos y nietos. Los restos de las salazones y de la galleta bastaban para las necesidades de la familia; y aprovechándose alguna que otra vez de la abertura de algunas tablas, se arriesgaba el abuelo á llevar á su familia á la cocina ó á la cámara donde comían los oficiales, y ¡Dios sabe qué banquete se daban! pero como nada hay permanente bajo del sol, y entre todas las especulaciones la más inconstante y fantástica es la de la felicidad, el pobre abuelo la experimentó bien á su costa, pues la desapiadada vejez le acarreó enfermedades, y una de estas le privó de la vista. La familia se encontró en la mayor desolación, porque la juventud en la especie del raton sabe muy bien que valen poco el valor y la agilidad, si falta la experiencia, y contaba mucho aquella familia con la de su abuelo para guiarla en sus excursiones y preservarla de los peligros. Era, pues, preciso atenerse á no salir de la bodega, y renunciar á los restos regalados de la mesa; pero no sucedió así, porque la

amistad de un raton joven hacía el jefe de la familia reparó en lo posible los ultrajes de la vejez. Se apoderó de la oreja del abuelo, le guió en su marcha, le preservó de todo tropiezo y accidente, y le condujo por todas partes adonde quería ir el viejo del mismo modo que el perro de un ciego. Desde entonces no le abandonó, y gracias á su adhesión la familia entera pudo continuar en sus correrías en pos de su jefe natural. Cuando el viejo práctico sospechaba algun peligro, porque aunque falto de vista tenía el oído y el olfato muy finos, daba un chillido, y la familia se dispersaba inmediatamente, y en seguida el guía le agarraba de la oreja y le conducía á su agujero. ¿Qué más hacía Antigona tan celebre en la antigüedad? y sin embargo no sabemos la interesante historia de este héroe de los ratones, sino por un oficial de marina que inmovil y silencioso lo observó todo desde su bodega.

Pocos viajeros habrán dejado de oír hablar de *Constantina*, la hermosa leona que hubo en el jardín de plantas de París, y vivió en la más perfecta amistad con un gozque, que abusando de su afecto la mordía, llegando un día hasta estropearla la cola. He aquí el caso.

Constantina fue cogida en el gran desierto de Sahara, llevada desde Argel á París, y alojada en una jaula mucho más húmeda y sombría, y la mitad menor que las que hay en el día en dicho jardín. El pobre animal tenía muchas visitas porque era grande y hermosa, y no había entonces los objetos que hoy para entreterer la curiosidad de los parisienas, pero en medio de esto la tristeza y el tedio consagraron á Constantina, y se moría de cansancio. Entre muchas que iban á verla llegó uno seguido de un portillo albullador y feo. ¿No veis, dijo el amo del perro al que cuidaba entonces de las fieras, que ese pobre animal perece de fastidio, porque no tiene cosa viva que devorar? echadle de cuando en cuando un cordero, ó un gato, ó perro, ó otro animal vivo, y veréis como recobra su salud. Yo no lo aseguro; y para dar principio, echadle este perro mío para que lo devore. Aceptó el que cuidaba de las fieras la proposición, y le cedió. Imagínese el lector el miedo que tuvo el desdichado gozque al verse encerrado en una jaula estrecha con aquel formidable animal. Corrió á agazaparse en el rincón más oscuro de ella; y desde allí echaba, temblando toda el cuerpo, muchas suplicas á su amo que se retirara sin molestiarle.

Constantina se levantó poco á poco y se acercó rugiendo sordamente hacia el pobre perro que dió un chillido lastimero, mirando siempre á su amo. Parece que aquella ojeada del perra llena de energía y de desesperación chocó á la leona, pues volvió la cabeza hacia el amo clavando en él sus encarnados y espantosos ojos, abrió luego una enorme boca, sacó una lengua horizada de puntas, hostezó, se echó, y después de haber pasado la pata sobre el hocico, se durmió con mucho disgusto de los espectadores, y en especialidad del dueño del gozque.

Llegada la hora de la distribución se le echó una anca de caballo para su comida; la comió y dejó una parte para su nuevo compañero de estiverio, que no se atrevió á tocar á ella, pues el hambre más vehemente no la hubiera hecho moverse del oscuro rincón en que el terror le tenía metido. Constantina se acercó á él dos ó tres veces con aire manso, como para empeñarle á aprovecharse de su generosidad, pero el gozque se manifestaba insensible á aquellos obsequios. A la mañana siguiente ya tuvo menos miedo y se determinó á comer la ración que la leona le había dejado la víspera; al otro día se atrevió á salir de su rincón y comer junto á Constantina; ocho días después comía con ella, y pasados otros tantos se echaba sobre la caudal y no dejaba á la leona cojer su

parte hasta no haber comido él la suya. Si Constantina se acercaba, se enfurecía el gozque, la saltaba á la cara y la mordía con todas sus fuerzas. La leona entonces se echaba meneando la cola como un perro de casa que pide piedad á su amo, y aguardaba con paciencia su vez. Cuando el gozque estaba ya harto se acercaba ella como dudosa para tomar la parte que se había dignado dejarla.

No hay cosa más insolente que un ser débil, cuando llega á tomar sobre un ser fuerte el imperio que le han

dejado su generosidad y complacencia. El gozque era una prueba continua de esta verdad, pues veces había en que de pura malicia no quería dejar comer á Constantina, después de haberlo hecho él á toda su satisfacción. Constantina tenía paciencia horas enteras hasta que se hubiese desvanecido la manía de su amigo; pero estimulada en algunas ocasiones por el hambre, le apartaba suavemente con la mano, teniendo en este caso gran cuidado de esconder sus enormes uñas.



(La Leona del jardín de plantas de París.)

Llegó el Otoño con sus días fríos y húmedos, y nuestro gozque, á fin de estar más abrigado, tuvo por oportuno pasar las noches entre las ancas de la leona, siendo preciso que sopena de ser mordida se pusiese esta en una actitud cómoda para él y permaneciese en ella aunque le fuese violenta, mientras él dormía. Un día se puso su tiranuelo tan furioso que faltó poco para que no le sacase los ojos, teniendo Constantina que rechazarle con sus patas y hacerle comprender á buenas lo impotente de su cólera. El gozque no hizo sino enfurecerse más; se echó sobre la cola de la leona y la mordió con tal ira y mala intención, que se la rompió por medio, estropeándose para toda su vida. Es de notar que sola la pata de la leona ahultaba más que todo el gozque, y que las uñas que la guarnecían eran de cinco pulgadas de largo. El día en que se las cortaron porque la hacían mal, se necesitaron doce hombres para derribarla y sujetarla, habiéndola atado con cuerdas las cuatro patas.

Al cabo de algunos años murió el perro de vejez y de un acceso de cólera, y la pobre Constantina se apesadumbro tanto que no quiso comer en muchos días. Su nuevo guardia Richard se equivocó acerca del motivo de su aflicción, creyendo que solo echaba de menos un compañero, pero no un amigo, y pensó que se consolaría fácilmente dándole otro perro que la acompañara. Por consiguiente introdujo en la jaula otro que no tardó en ser devorado; se le echó otro segundo y tercero hasta una docena, que tuvieron la misma suerte. En fin Richard encontró uno de la misma casta que el gozquecillo y enteramente parecido á él. Hizo pues la última experiencia y le arrojó á la jaula. Constantina se abalanzó á él no bien le vió; pero después de haberle examinado con atención le perdonó la vida, mas no tuvo jamás con él las condescendencias ni el cariño que con el primero. Desde el día en que perdió el amigo que había adoptado, se puso triste y flaca y murió á los pocos meses.